

Muchas veces la Duse necesitó poner en su vida el esfuerzo, para llegar al cúmulo en que se mantuvo tan poco tiempo. El suficiente para triunfar. Nació pobre y murió pobre. Conoció la lucha diaria, tanto más dura cuando el temperamento no anhela solamente éxitos vanos de facilidad o moneda, sino triunfo artístico, el más difícil, al que hay que unir la cualidad esencial de las facultades para conseguirlo.

De una sensibilidad sutilísima, hiperestésica, llegó, como la Duncan, a puntos que pudieran muy bien limitar con el ridículo. No quiere decir nada esto, si se mira desde un punto de vista de tiempos y de comprensión. A mí pocas cosas me parecen más ridículas que aquella oración de Renán en la Acrópolis. Pero me la explico, como me explico otras tantas cosas que están lejos de lo vulgar y cotidiano, aunque cerca de lo afectado.

Las encarnaciones que la Duse llevó a efecto, si bien distintas, tenían un común denominador de pasión y de tragedia: Electra y Heda Gabler están equidistantes de un centro, pero en el mismo círculo. Y así sus otras creaciones: Francesca, Gioconda, Therese Raquin, Margarita Gautier...

Anduvo desorientada dentro de un cauce de armonía. Desorientación que a veces la hizo titubear en su concepto artístico. Pero nunca salió de ese cauce, para buscar caminos que le fueran más fáciles. Para ella los caminos muy andados no tenían encanto.

Al través de esta biografía, surge Eleonora Duse con todos sus velos,

sin que por ellos no podamos ver la exacta línea de su trazado vital.

Hizo lo que Rimbaud decía de sí mismo: «He tendido cuerdas de campanario a campanario; guirnaldas de ventana a ventana; cadenas de oro de estrella a estrella, *et je danse*».

Lo que en otros resulta un simple propósito primaveral, en ella fué un sistema de vida. Con sus dos crepúsculos tristes y su mediodía luminoso.—*José María Souviron.*

ENTRE EL AGUA Y LA SELVA VIRGEN, por *Alberto Schweitzer.*

El lector busca muchas veces, en las páginas que va devorando, más que otros elementos, el resplandor más o menos fuerte de la personalidad del que escribe. Cuando esta personalidad aparece diáfana y sin ambajes, tanto mejor para el curioso. Pero cuando surge sencillamente, aun sin el propósito de buscarla, aun sin la intención del escritor de imbuírla en las páginas, el gozo del lector llega a los límites.

Esta obra (1) revela una personalidad tan interesante sin reservas literarias, cuando no ha pretendido el autor sino narrar y atraer, que se hace uno amigo del escritor por el solo hecho de la lectura.

Hombre de una sensibilidad estupenda, Albert Schweitzer, de organista y estudioso musicólogo, pasa a las riberas del Ogúe, en el

(1) Profesor Albert Schweitzer—«Entre el Agua y la Selva Virgen».—Relatos y Reflexiones de un médico en el Africa Ecuatorial.—Prólogo del Dr. A. Lipschütz.—Morata, editor.—Madrid, 1932.

corazón del Africa, a curar a los habitantes de aquellas regiones. Doctor en Medicina se pone al servicio de los indígenas, estableciendo su hospital en una misión, a los flancos de la Selva, llena de misterios. Allí acuden gentes de todas las tribus cercanas (y de las lejanas también). Los enfermos de úlcera, cuya frecuencia en Africa Central es enorme, tomando las más diferentes formas, los heridos por las fieras, con una extremidad destrozada por dientes o garras; los atacados de la enfermedad del sueño, plaga terrible de curación difícilísima y tardía. Y otros muchos. Para todos tiene un solícito cuidado el Dr. Schweitzer, que trabaja horas y horas, amorosamente, sin retribución. La que puedan darle, escasísima, voluntariamente, algunos sanados por su atención, la emplea en adquirir medicamentos, cuyo transporte al Africa encarece aún los más elementales.

Encanta ver la figura prócer (aquí sí que cuadra el manido adjetivo) de este médico, narrando con una sencillez maravillosa sus trabajos, incansable frente a una asiduidad aumentada por sus éxitos.

La narración de todo este bregar está salpicada, pintolescamente, y de todos los detalles aventureros curiosos del Africa Salvaje. La vida en aquellas latitudes es, de por ella, un atractivo y un peligro. El doble por supuesto, para este médico artista que pone su actividad al servicio de una humanidad desvalida y olvidada. Para él, este trabajo es sólo una devolución de bien, un pagar con beneficio, por su parte,

todo el mal que los blancos han causado a los negros.

La obra de Schweitzer tiene también un propósito benéfico. Presentando estos detalles, solicita al final ayuda de cuantos quieran contribuir a la obra que, con tantos esfuerzos, va realizando. Para ello da sus direcciones. Quien se sienta atraído a contribuir puede hacerlo fácilmente.

He aquí un libro simpático. Su contenido, lleno de atracción e interés. Novelescamente, incluso, una obra de valor indudable.—*J. M. S.*

POESIA

LIRIOS DEL ALBA, por *Gladys Smith*

Una bella adolescente—apenas 17 años—que reside en Bolivia firma estos *Lirios del alba* (1). Es, desde luego, su primer libro, el libro irremediablemente apresurado, prematuro, nacido al calor de la incitación insistente de dar forma, volumen, a los sueños más sentidos en esa moza y bella edad.

Un libro prematuro, hemos dicho. Sin embargo, nosotros creemos con Rainer María Rilke que nunca se es prematuro cuando existe un mensaje que entregar, aunque pequeño. Y este, por muy desdeñable que sea en conjunto la obra primeriza, siempre manifiesta su latido, verdad que vacilando, entre líneas, como avergonzado de presentarse antes de haber empezado siquiera a madurar,

(1) La Paz, 1932.